

EL TIMO

Contaron esta historia delante de mí, hace muchos años, en la hospitalaria mesa de una excelente señora, ya muerta, y cuya pasión era relacionarse con todos los literatos; los grandes y los pequeños, la Academia y la bohemia, los triunfadores de la Comedia Francesa y los del Teatro Libre, los autores de grandes tiradas y los de exquisitas publicaciones en papel de China. Todos ellos acudían a sus convites succulentos y saludaban a la dueña de la casa desde la escalera. Los parisienses de 1880—era ayer y ¡qué poco queda!—la reconocerán en este detalle: sirvió de inspiradora, o así se decía al menos, para una obra bastante maliciosa que tuvo su momento de popularidad. Realmente, aquella émula retrasada de la señora Geoffrín era una persona de gran corazón y de mucho ingenio. Dió prueba de ello oportunamente diciendo al dramaturgo en cuestión:

— Puesto que quiere usted pintar un salón literario, ¿por qué no escoge el mío?...

Tenía, además, un porte de gran burguesa, poco común entre los anfitriones de su clase. Aun parece que la veo con el rostro de característica del anti-

guo repertorio y la viva mirada de inteligencia, sentarse a la mesa y colocar delante de ella una enorme campanilla, que cogía con las dos manos y agitaba como un bordón cada vez que un comensal importante iba a hablar. Se decía que en cierta ocasión un bromista de mal gusto había respondido graciosamente después de haber invitado con su mímica a imponer silencio:

— ¡Oh!, señora, ¡no vale la penal Quería únicamente pedir más espinacas.

Otra de sus costumbres era la de plantear al comienzo de la comida temas sobre los cuales debía girar la conversación; de donde proviene otra anécdota tan poco verisímil como la anterior, y según la cual habría ella preguntado a un ilustre novelista:

— ¿Qué piensa usted del incesto?

— ¡Por Dios, señoral Yo no me había preparado hoy más que para el adulterio.

La frase tiene gracia. Nunca se ha oído cosa semejante.

Los asuntos presentados por aquella afamada conversadora eran menos «sugestivos», como hoy se dice, y se resentían del pedantismo de la época. Puede juzgarse de ellos por el que servía de ocasión a la siguiente anécdota: *La moralidad de La Fontaine*. ¡Manes de Chamfort y de Rivarol, del príncipe de Ligné y de Boufflers, de todos los delicados conversadores del siglo XVIII, estremeceos! El tema era para agradar a un universitario recién salido de la Sorbona. Ya adivinaréis la serie de opiniones: ¿Conviene poner las fábulas de «Bonhomme» (1) en manos de los niños? Los eruditos citaron a Juan Jacobo: ¿no hay una lección de egoísmo en *La Cigarra y la*

(1) Bonhomme es el nombre con que se conoce en Francia a La Fontaine.

Hormiga, de brutalidad en *El Lobo y el Cordero*, de desilusión en *Los Animales Atacados de la Peste?*... Otros eruditos citaron a Kant y el imperativo categórico para desvirtuar aquel verso alrededor del cual acabó por concentrarse el debate:

«Es un doble placer engañar al embustero.»

En rigor, esa comida de celebridades parisienses se hubiese convertido como tantas otras en conferencia sorbónica, a no ser por la intervención, ¿será preciso decirlo?, de un bolsista, invitado por casualidad y que habló, sobre poco más o menos, como sigue. De toda aquella discusión no recuerdo más que su relato. ¡Tan cierto es que veinte teorías no valen nunca lo que un solo hecho!

— ... ¿Me permite usted, señora, y usted también, querido maestro, referirles una aventura en la cual estuve mezclado? — Al decir esto se volvió hacia el figurón de aquel ágape académico. Obtenida la aquiescencia, acentuada más aún por un campanillazo, dijo —: Esto pasó el invierno anterior en Niza, en uno de sus grandes círculos. Cuando yo llegué no se hablaba más que de la suerte descarada de un príncipe ruso que estaba en camino de ganar una fortuna al bacará. Había *levantado*, es la palabra del lugar, más de medio millón a los socios del Círculo. Así, pues, los semblantes estaban tristes alrededor del tapete verde, a pesar del hermoso tiempo y del Carnaval. Es decir, no todos. Sentado entre los *puntos* desgraciados, cierto individuo llamó mi atención, desde la primera noche que asistí a aquella partida fabulosa, por su alegría mal disimulada. Era, y es todavía, uno de los brillantes ciudadanos de esa *Cosmópolis* errante que se pasea, según los meses, de Aix-les-Bains a Saint-Moritz, de Londres a Roma, de Biarritz a París, del Cairo a Mónaco; en fin, por to-

das las ciudades del placer donde hay una *estación*, lo que significa banquetes espléndidos y lujo refinado de la sociedad galante y tahir. ¿Por qué no nombrar a ese tipo? Se llama Roberto Darsy, muy auténticamente al parecer, para alegría de los que creen en la predestinación de los nombres. ¿Roberto Darsy? ¿No os da una impresión de escándalo y de elegancia? ¿Qué seudónimo de vividor, con la sonoridad del conjunto, el equívoco del *Da* que invita al apóstrofo y la aristocracia de la *y* griegal ¡Y el hombre tiene la fisonomía de su ocupación! Ninguna edad. Entre treinta y cinco corridos y cincuenta y cinco muy conservados. Rostro ajado, magro y arrogante de gran señor... o de fanfarrón; cortesía de diplomático... o de caballero de industria. Pero no hay para qué intrigarles más. Sepan que el oficio de ese enamorado de la vida aristocrática es sencillamente la usura. Darsy es una variedad muy moderna de esa especie inmortal, como la prodigalidad y la imprevisión, del prestamista al quince, al veinte, al sesenta y a más. En él la odiosa profesión está tan bien disimulada bajo la botonadura de perlas del vividor que, aun advertidos, no lo creeríais fácilmente cuando lo encontrarais. Os diríais lo que yo me decía aquella noche al verle apuntar con indolente gesto los modestos luises que las abatidas del banquero barrían unos tras otros:

— ¡Es extraordinario que un asiduó concurrente a casinos, como Darsy, se obstine en jugar contra tal *racha!* ¡Y se dice que presta en la *semana grandel!*... Lo que es, es un *snob* que quiere poder presumir mañana ante algunos imbéciles. Ya le oigo decir: «Ayer jugué en el Club con Boris. ¡Cuidado lo que perdí!...» Y añadirá: «¡Cómo! ¿No conoce usted a Boris? Es el primo de la gran duquesa Vera...» Y los títulos afluirán... Es el fondo estúpido de esas vi-

das de Engadina y de la Costa Azul; la vanidad de las relaciones aristocráticas...

De este modo iba razonando como un niño, a pesar de mi cuarto de siglo de Bolsa y de Boulevard. Pronto pude convencerme de ello. Entre las personas conocidas sentadas a la mesa de bacará reconocí en seguida la figura de un simpático joven, hijo de uno de mis compañeros de Bolsa. Permítanme que no diga de él más que el nombre: René. Es candidato al matrimonio, y lo que voy a relatar pudiera perjudicarle entre las madres y las abuelas. Este no eran luises lo que, como el otro, aventuraba sobre el tapete verde; eran buenos y hermosos billetes. Cada vez que el banquero volvía las cartas, su rostro expresaba un mal humor creciente que se exasperó hasta la rabia cuando no tuvo delante más que uno de aquellos preciosos billetes azules, que también se jugó, sin poder reprimir una exclamación cuando vió la inexorable raqueta que le arrebató la última puesta. Se levantó. Tuve miedo de su estado de agitación y me las arreglé para detenerle al pasar.

— Diez y seis pases seguidos ayer—me dijo sin mostrar el menor asombro por nuestro encuentro y sin preguntarme por mí ni por su padre—. Diez y seis, ¿se fija?, y diez y nueve hoy... Me han costado treinta mil francos las dos sesiones.

— ¿Ha jugado usted treinta mil francos contra esa racha?—exclamé.

— Veinte mil—rectificó—, pero *debía* jugarles. Nunca se han dado diez y nueve pases seguidos. Nunca, nunca... Diez mil francos ayer, diez mil hace un momento. Le he dicho treinta mil porque para tener los diez mil que me aseguraban el desquite he tenido que firmar un recibo por doble cantidad... ¡Ah! el dinero está caro en Niza...

— A un buen ciento por ciento—dije yo—. No va usted mal...

— Y todavía Darsy se hace rogar—me respondió—. Porque es a ese canalla a quien he tenido que dirigirme...—Y me enseñaba a su elegante Gobseck con la punta del cigarro; pero prudentemente, con un gesto en que había una singular mezcla de odio y de respeto, de indignación y deferencia. El jugador más incomodado ve siempre en el más áspero prestamista un recurso probable para la próxima *negra*. Y continuó, llevándome más lejos y en voz baja:

— Ahí se queda el tiburón al acecho de otras presas. Al parecer juega; pero lo que hace es vigilar a sus víctimas. ¿Sabe usted que no hace diez años comenzó esa infame especulación con un capital de cien mil francos y hoy es cuatro veces millonario?... Su cálculo es sencillo... No presta bajo firma sino a gentes como yo, de quienes está muy seguro que han de pagarle. De otros exige una prenda. Por ejemplo, a las mujeres no les adelanta más que sobre alguna valiosa joya, y es entendido en ellas. Es comanditario de una gran casa de la calle de la Paix... Aquí todo el mundo sabe a qué atenerse respecto a él y todo el mundo parece ignorar que es un usurero vil. Yo el primero... ¡Ah! si alguna vez llego a curarme del juego, le prometo que no volveré a saludarle. Mientras tanto, va a ser preciso volver a París, procurarse con qué hacer honor a mi firma. Cuatro pagarés cada tres meses en un año. Supongo que no me delatará usted, cuando menos a mi padre... Le aseguro que no me engañan. Yo conozco el bacará... Pero diez y seis «abatos» ayer y diez y nueve hoy, eso no se ha visto nunca... Si yo no supiera que el boyardo que tiene la banca posee un millón de rublos de renta, sospecharía alguna trampa... ¡Adiós! Me marcho esta noche. El señor Darsy exigiría el

doscientos por ciento si le pidiera otro anticipo... La Costa Azul ya no está en mi balance este año. Me voy a reservar mi coche cama y tomaré el primer rápido...

Tres días después de esta conversación, en la que habrán reconocido ustedes las incoherencias del juego y de la juventud, me encontraba en la misma sala a la misma hora. Allí estaba Darsy jugando otra vez. En esta ocasión sus ojos grises, de una mirada tan viva y tan inquieta en el seco semblante inmóvil, tenían para mí su verdadera significación. El boyardo, como le había llamado mi amigo, seguía con la banca, pero ahora perdía todo lo que jugaba. Si volvía un seis, los dos paños tenían siete; si un siete él, los paños ocho; si un ocho el banquero, nueve los puntos. También él mañana, dentro de una hora quizá, tendría que recurrir al implacable prestamista. Tomaría el dinero al mismo interés que el atolondrado René, y no diez mil, sino cien mil, doscientos mil francos. En las pupilas del avaro Darsy leía la infalibilidad del gran golpe próximo; y él en tanto continuaba, ¡qué detalle más elocuentel, sin apuntar más que su miserable luis contra la más evidente mala suerte.

Delante de aquella ligera escena de costumbres se agudizó tanto mi interés que, sin querer, asocié a él a mi compañero de aquella noche, que resultaba ser León Bordiñ, el pintor. No sé si sabrán ustedes que posee un talento para la caricatura superior, si cabe, al de retratista. Al llamarle la atención sobre el usurero, tenía una vaga idea de vengar a René y a las demás víctimas de ese odioso hombre. Era incitar a León para que hiciera uno de esos dibujos que estigmatizan la secreta fealdad de un alma a través de la de una fisonomía.

— Me habían dicho eso de Darsy — exclamó — y no lo había dado mucho crédito. Luego ¿es verdad? Por otra parte, cuando se olvida de sí. ¡Fíjate qué cabezal! ¡Qué mandíbulas! ¡Qué ojos!...

Y tras de un minuto de silencio, durante el cual permaneció inmóvil como si quisiera fotografiar mentalmente al pobre hombre:

— ¿Me dices que presta de buena gana sobre joyas? Esto me da deseos de ensayar con él una jugareta que he leído en unas curiosas *Memorias*, las de un tal D'Estourmel... ¿No las conoces? Se refiere allí la historia de una estafa en Roma que siempre me ha hecho sentir ser un hombre honrado, siendo tan agradable el oficio de petardista... He aquí una ocasión como nunca. Voy... No. No te lo digo. Quiero darte una sorpresa. Prométeme, primero, que no has de preguntarme, y luego, que me ayudarás. Estate tranquilo, que esto no te compromete mucho y, por mi parte, te prometo que dentro de poco, al fin de la semana, y antes quizá, si tengo éxito, ese infeliz de René X... habrá recobrado por diez mil francos los pagarés que ese pillo ha tenido la avilantez de hacerle firmar. Esos diez mil francos los ha desembolsado Darsy, y, como es justo, se le pagarán. Sí, voy a hacerle vomitar su ciento por ciento de interés. Pero te advierto que se trata de jugarle una broma algo pesada.

— ¿Pesada? ¡A semejante granuja?... Cuenta conmigo desde luego. Me comprometo a no preguntarte nada y a ayudarte en lo que quieras. ¿Estás satisfecho?...

— ¿Y a no marearme después con la moral?... — insistió.

— Y a no marearte después con la moral — respondió riendo.

Ustedes han visto a Bordín representar en las re-

vistas los parlanchines. Ahí es donde comenzó nuestra intimidad. Ya saben también la destreza que tiene para componerse la cara. Además, tiene sangre polaca en las venas. Su abuela era nada menos que una condesa Gorka, y a esa herencia debe el genio de la simulación que le hace disfrazarse con gusto para cualquier cosa. Me había hablado de una broma. Indudablemente iba a asistir yo a una de esas bufonadas a sangre fría, en que el caricaturista reaparecía bajo el pintor consagrado. Es verdad que aquella palabra estafa habría debido de inquietarme, lo mismo que la insistencia en prohibirme de antemano todo reproche; pero eso no hizo más que avivar mi curiosidad. Yo había prometido no interrogar al estafador, mas no había prometido no adivinar. Así, pues, tan pronto como nos separamos fuí a una librería, y luego a otra, a pedir esas *Memorias* de D'Estourmel, de las que quería poner en acción un episodio. No encontré el volumen de manera que no me había podido enterar de las intenciones de mi amigo, cuando al día siguiente me le encontré frente a frente en el almuerzo.

— Bien he trabajado — comenzó —. Me he hecho presentar a Darsy esta mañana en el paseo de los Ingleses... No estoy muy orgulloso de que ya seamos los mejores amigos del mundo. Yo le he hablado del terror que me inspiran los juegos de azar, el treinta y cuarenta, sobre todo, que me han arruinado, le he dicho, y es la verdad, y de mi afición al juego de Bolsa y al *whist*, en particular. Es inútil decirte que me había informado previamente y supe que el señor Darsy tiene la costumbre de venir al Círculo todas las tardes a las cinco, y echa un *whist*, como por casualidad, hasta las siete. Si tú no te opones, esta tarde jugará con nosotros.

— ¿No me irás a proponer que le desplumemos

para devolver al pobre René sus diez mil francos?— le dije riendo.

— ¿Y tu promesa de no preguntar?—respondió él con la mayor gravedad—. Tú jugarás como sepas. Sólo te pido que al mediar la partida me digas: «Pero yo no te conocía esa sortija, querido Bordín.» Y me suplicarás que te deje mirar de cerca este rubí que tendré en el dedo meñique.

Había sacado del bolsillo una sortija antigua en cuyo oro estaba engastada, efectivamente, una piedra de un tamaño y de un agua admirables.

— La tengo de mi abuela polaca—me dijo mientras yo la examinaba—. La buena mujer, como verdadera esclava, tuvo en su tiempo la locura de las joyas... Yo he hecho cambalache de casi todas las alhajas que heredamos de ella, en mis días de miseria, antes de los retratos a cinco mil francos por término medio. He guardado este rubí hasta ahora, para un caso de apuro. Hoy me encuentro verdaderamente satisfecho de no haberlo vendido. Y, sin embargo, se me han ofrecido hasta dos mil luises... Y a propósito de dinero—continuó—: ¿quieres ver si ahí dentro hay diez billetes de mil?

Me entregó un sobre, cuyo contenido examiné, y al contestarle afirmativamente, dijo:

— Este es el punto más delicado de tu complicidad... Es necesario que vayas a llevar a Darsy esta misma tarde estos diez mil francos. Sé que está en su casa. Le dirás que has sido encargado por el padre de René para retirar inmediatamente dos de los pagarés firmados por su hijo...

— No comprendo—respondí yo después de algunos segundos de un debate interior en que la curiosidad venció sobre mi repugnancia a mentir aún al mismo Darsy—, pero he prometido y cumpliré mi misión.

El usurero estaba habituado por su profesión a semejantes trámites. Lo que éste tenía de indirecto y apresurado no pareció asombrarle. Si algún escrupulo me hubiese quedado, le habría perdido completamente al oírle que me decía entregándome los dos pagarés:

— Repítale bien al señor X...—y me nombró al padre de René—que no he prestado ese dinero a su hijo más que para impedirle que cayera en ciertas garras... Y que estaba decidido a darle tiempo, todo el tiempo que quisiera. Para el pico que queda, una vez más le digo que le daré, si lo desea, todo el tiempo que quiera...

Era el tono del vividor amable y fácil a quien el compañerismo de la fiesta hace indulgente con las locuras de la juventud. Esa hipocresía me horrorizó de tal manera, que deseaba ardientemente el éxito de la «broma un poco pesada», propuesta por mi amigo. Sin la menor vacilación, pues, sentados a la mesa de *whist*, unas horas más tarde, dije la frase convenida sobre la sortija. Todo había ocurrido como el pintor lo anunció. Habíamos encontrado a Darsy en el Círculo y habíamos organizado con él y un cuarto la partida proyectada.

— Es una joya de familia—respondió Bordín a mi pregunta. Y riendo añadió—: Es una tontería. No llevo esta sortija más que para jugar y como un fetiche... Es demasiado aparatosa para pasearse con ella... Pero no te extasíes con la piedra. Es falsa...

— ¿Falsa?—exclamó casi involuntariamente Darsy—. Con este brillo no es posible.

Yo seguía no viendo nada en el plan de mi amigo. ¿Por qué despreciaba de ese modo, y contra toda evidencia, un objeto del que él mismo me había dicho el enorme valor? En todo caso, si había querido picar la curiosidad del explotador de las víctimas de

Monte Carlo, al mismo tiempo que la mía, lo había conseguido.

— Sí, falsa—repitió con su flemma de comediante imperturbable—. Completamente falsa.

Se quitó el anillo del dedo y me lo entregó. A mi vez se le pasó a Darsy, cuyos ojos habían recordado la singular expresión de la víspera cuando asistía al desplomamiento de la suerte del boyardo.

— Para ser una piedra falsa—dijo aquél—este rubí está montado de una manera soberbia.

— Por eso ha pensado siempre mi padre—continuó Bordín—que se había dado a reparar esta alhaja a un joyero infiel que substituyó el verdadero con este rubí falso. Como pueden ver, esta obra no es de orfebrería francesa. Muy asombrado quedó él cuando después de la muerte de mi abuela encontramos entre objetos de valor un falso rubí de esta talla; pero el testamento no dejaba lugar a dudas...

— Efectivamente—respondió Darsy después de examinar detenidamente el anillo en todos los aspectos—, es un trabajo hecho por un artista muy hábil—añadió devolviendo la sortija... y continuó la partida de *whist*. Pero las distracciones del usurero probaban lo preocupado que estaba. ¿De qué? Sus continuas ojeadas al rubí lo pregonaban bastante. Bordín parecía no enterarse de ello. Yo, que sabía sus intenciones, observé que se valía de la sortija como el cazador de alondras del espejo. Sus manos iban y venían entre las cartas, presentando incesantemente el rubí ya bajo una arista, ya bajo otra, y la piedra lanzaba sus luces como si fuera un talismán consciente de su tarea vengadora. Cuando nos levantamos de la mesa de juego, el encanto se había producido. Darsy se acercó al pintor con una timidez de que tuve la explicación diez minutos después, el tiempo que duró el aparte.

— Esto marcha—me dijo mi amigo con alegre sonrisa—. Ese D'Estourmel no había mentido. El golpe no falla. Darsy acaba de preguntarme si quería confiarle mi sortija por veinticuatro horas. Desea hacer dibujar la montura.

— ¿Y tú se la has prestado?... Luego, ¿es verdad que el rubí es falso?

— El rubí es bueno. Ya te he dicho que me han ofrecido por él cuarenta mil francos.

— Ya comprendo. Él va a llevarle a casa de un joyero que le dice su valor. Vuelve mañana contándote que le ha perdido, seguro de que tú no te molestarás por una piedra que crees falsa... Tú le amenazas con hacerle detener y te aprovechas de su terror para arrancarle los dos pagarés que le ha firmado René. Darsy recibe los diez mil francos que ha adelantado realmente, pero nada de interés. Y según dicen las gentes de ley, la justicia se hizo.

— Admirablemente razonado—me respondió Bordín con una ironía que no me enfadó. Estaba yo muy interesado por el enigma.

— Me dispensarás que no te responda—continuó—: ese es nuestro convenio. Sólo te suplico que seas puntual mañana, a las cuatro y media, en el Círculo. Darsy estará allí. Yo llegaré a las cinco. El emplearé esos treinta minutos en preguntarte sobre mí. Tú le dirás de qué familia soy y quiénes son los Gorka, si por casualidad lo ignora. Te preguntará si soy rico. Tú le dirás que lo he sido, pero que vivo con mucho lujo y que el juego me cuesta una enormidad. En fin, arréglate para que me crea necesitado...

Comprenderán ustedes que no falté a la hora fijada. Allí estaba Darsy, en efecto. Me admiró que mi amigo hubiese adivinado con aquella exactitud las

preguntas que me hacía el usurero, evidentemente atenazado por el deseo de comprar el rubí, que él sabía bueno y que, según suponía, su poseedor creía falso. La importancia del provecho le atraía hasta el punto de producirle una fiebre de impaciencia.

— ¿Está usted seguro de que su amigo vendrá hoy?—acabó por preguntarme después de haber mirado varias veces su reloj.

— Segurísimo—le respondí—. Comemos juntos.

— Tengo que devolverle el rubí que tuvo la bondad de confiarme. —Y me miraba mientras iba sacando del bolsillo la sortija cuidadosamente envuelta, y la sopesaba. Yo no cedí ante aquella mirada donde podía leerse la tentación del robo sobre seguro—. Es curioso, una piedra falsa tan hermosa... ¡Y la montural! Repito lo que decía ayer. Es una maravilla... Es preciso que esa condesa Gorka haya sido bastante rica para distraerse en fantasías tan costosas y tan inútiles... Yo conocía al señor Bordín como pintor, pero no como millonario...

— Ni tanto ni tan poco—respondí y continué mi papel de cómplice hablando de las prodigalidades del artista y de su pasión por el juego, con frases un poco embrolladas, lo cual podía ser el remordimiento de mi maledicencia respecto a un amigo. Por otra parte, Bordín se encargó de justificar mi relato saliendo de un salón, con el semblante sombrío, la mirada colérica y el ademán nervioso. Nunca un consumado actor desempeñó más a lo vivo el célebre personaje de Regnard:

«¡Mirad! escritas en la frente sus desgracias.
Tiene todo el aspecto de un poseso...»

— ¿Me trae usted mi sortija, señor?—preguntó a Darsy bruscamente después de un saludo poco cor-

tés—. Hicé mal en prestársela. No la tenía conmigo y eso me ha dado la negra—añadió dirigiéndose a mí—. Fuí después de almorzar a oír un poco de música a Monte Carlo. No hay más que abrir los ojos cuando se está allí, para convencerse de que no se debe jugar. ¿Quién ha pagado ese lujo fastuoso de construcción, azoteas y flores? ¿Quién? Los que pierden en el tapete. Pues aquí tienes uno de ellos, amigo... He jugado y he perdido... No me preguntes cuánto... Verdaderamente estoy muy disgustado de mí...—Mientras se lamentaba de este modo se había acercado al fuego y metido en el dedo la sortija devuelta. De espaldas a la llama, con las manos en los bolsillos del chaqué, comenzó a calentarse las plantas de los pies levantando ya el uno, ya el otro, sin parecer preocuparse ni de Darsy ni de mí.

En vez de marcharse el usurero, como hubiera sido natural, después de aquel exabrupto, permaneció inmóvil sin atreverse a pronunciar las palabras que acudían a sus labios. Encendió un cigarro para darse una tregua, lo mismo que había hecho mi amigo René, su víctima, en la habitación inmediata, la otra tarde, y lo mismo que René, me llevó un poco aparte para hablarme a media voz:

— El señor Bordín tiene aspecto de estar bastante disgustado—me dijo—. Usted sabe que si tiene necesidad de un pequeño anticipo, me encuentro en fondos. Por casualidad he ganado al bacará, y como admiro mucho, pero mucho, su pintura... ¡Vamos! Me complacería... Mas ahora que caigo: yo hago colección de anillos antiguos y de buena gana le compraría el suyo.

— Ya pareció aquello—pensé yo—, pero al diablo, si veo adónde vamos a parar. —Y luego en voz alta: —¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —Y al levantar Bordín la cabeza con el gesto de quien

siente que se habla de él, le dije: —Darsy me estaba hablando de tu sortija, que desea para su colección, y querría saber si estás dispuesto a vendérsela.

— ¿Vender mi sortija?... ¿Esta?... —Y el pintor levantaba la mano y miraba el rubí. Su expresiva fisonomía reveló el asombro del que perdió su última peseta y ve de pronto una probabilidad de continuar que no sospechaba. ¡Oh! ¡Qué maravilloso comediantel! Todo terminó en un encogimiento de hombros y en un gesto de amargura: la mímica del desaliento ante el absurdo. Y volviéndose hacia Darsy dijo:

— Pero ya sabe usted, tan bien como yo, que esta sortija no tiene ningún valor, ninguno, puesto que el rubí es falso. Ya sé que queda la montura. Lo que usted me diese sería muy poco en relación con los recuerdos que este mal vidrio tiene para mí...

— Soy coleccionista, señor Bordín—replicó sencillamente el usurero. Ese otro farsante, menos inofensivo, dibujaba también la sonrisa bonachona del aficionado en situación de hacer una locura que la confiesa, pero que la hace.—Por tanto—continuó—esta sortija, con su piedra falsa, tiene para mí, sólo por su estilo, tanto valor como para usted... o más quizá... Usted tiene otras joyas de familia, y este engaste es único en su género...

— ¿Qué diría usted si yo le ofreciese—y su voz temblaba—cuatro mil francos?

— ¿Cuatro mil francos?—repitió Bordín como aturrido por la enormidad de la cifra. Volvió a mirar el anillo y meneando la cabeza...—¡No, no, no! Es diez veces más de lo que vale... Y ¿qué iba yo a hacer con cuatro mil francos?... Además, esta sortija no es sólo un recuerdo. Ya le he dicho que es mi fetiche...

— ¿Cinco mil entonces?—insistió Darsy.

— ¿Cinco mil?...—repitió otra vez el pintor y, renovando la farsa, volvió a contemplar el anillo. De nuevo el entrecejo se frunció, el labio tembló, el puño se crispó. ¡En fin: el más asombroso fingimiento de un debate de conciencia que jamás se haya visto! Y brutalmente, entrecortando las palabras, añadió—: Puesto que usted tiene tal deseo de esta alhaja, señor Darsy, hasta el extremo de pagarla a un precio absurdo, consiento en vendérsela. Pero han de ser diez mil francos o nada. Démelos y este rubí falso es suyo... También yo tengo en gran estima este anillo. Al menos, eso ya vale la pena...

Al formular esta oferta sacó del meñique el anillo con una especie de extravío y volviendo los ojos. Los párpados de Darsy se movieron nerviosamente. ¡Tan grande era su emoción! Sin decir una palabra sacó de un bolsillo de la cartera un fajo de billetes de Banco, probablemente los que yo le había entregado el día antes, ¡oh ironía!, para recuperar los dos pagarés de mi amigo. Entregó el fajo a Bordín, que le dió la sortija. Luego, como avergonzado de aquel bochornoso trato, el nieto de la condesa Gorka, agarrándome del brazo, me arrastró como el jugador empedernido que corre a desquitarse.

— ¡No hay que perder un minuto!—me dijo—. Son las cinco y media. A las seis estamos en Monte Carlo. Antes de cenar he recuperado todo lo que he perdido. ¿Qué quieres apostar?

No bien habíamos salido del Círculo cuando prorrumpió la misma alegre carcajada que le oí la víspera, diciendo:

— ¡Ya está! ¡Ya está!...—Y solemnemente añadió: ¡Paso a la justicia del Rey!.. Mira—me dijo—¿Comprendes ahora?—Y sacó del bolsillo una sortija

exactamente, absolutamente parecida a la que yo le había visto momentos antes entregar a Darsy contra un fajo de billetes de Banco. Luego, burlonamente—: Es la misma sortija, sólo que ésta es la legítima. Ya te he dicho que mi querida abuela la condesa Gorka tenía la locura de las alhajas. Jamás abandonaba su pedrería ni aun en viaje. Su marido, por el contrario, era un avaro, lo cual es inverisímil en Polonia, pero es así. Por eso imaginó hacer construir otras joyas semejantes a las más hermosas de su mujer, con diamantes, zafiros y rubíes falsos, y cada vez que mi abuela se ponía en camino, eran las alhajas falsas las que la obligaba a llevar, por temor a un mal encuentro. He aquí por qué llegué a tener esas dos sortijas. Si examinas el interior de ésta, verás que tiene una pequeñísima cruz. En realidad es la única diferencia entre las dos. Yo llevaba ayer este rubí y se le he dejado a Darsy diciéndole que era falso. El honrado caballero corrió inmediatamente a casa de un joyero para hacer examinar la alhaja. El joyero le garantizó que era buena. Darsy me ha tomado por un imbécil. ¿He representado bien el hijo de familia que en su vida comprobó una cuenta, y menos, por tanto, una joya? Dí. En este momento se estará alborozando el granuja. Figúrate. Está convencido de que por estupidez y por no ir yo mismo a casa de un conocedor, le he vendido en diez mil francos esa joya que vale cuarenta. Mañana le aguardo... Confiesa que está bien hecha la cosa. Pero no es invención mía. Te repito que he tomado la idea de las Memorias de que te hablé. No hay más que variación de forma.

— De manera que el rubí que acabas de venderle es falso...—exclamé yo materialmente estupefacto ante aquella revelación.

— Falso hasta más no poder, como tuve el honor

de advertírselo al mismo Darsy. Tú eres testigo de que no le he mentado. *Este rubí falso es suyo*. Estas son mis propias palabras, ¿sí o no?

— Sí, pero tú, aparentando calentarte las manos al fuego, acababas de substituir el bueno por el falso, y él creía comprar aquél.

—Y, por consiguiente, estafarme. ¿Adónde quieres ir a parar?

— A que yo no puedo soportar el haber participado en lo que tú llamas una broma pesada y que es algo más que eso...

— Tenía tu palabra de que no moralizarías— interrumpió Bordín sin dejar de reír—. Estaba seguro de que no ibas a cumplirla. Lo que yo quería era engañar a ese bandido. Lo he hecho. Ahora me es indiferente que ese badulaque de René X... tome su dinero al ciento por ciento. Eres libre de volver las cosas a su punto. En el bolsillo tienes los dos pagarés de este loco. Vuelve al Círculo. Vete a contar al señor Darsy inmediatamente el procedimiento que hemos empleado para rescatarlos, no me opongo. Devuélveselos a nuestra víctima y tráeme el rubí falso...

— Voy allá—respondí yo y marché, en efecto, en dirección al Círculo. Luego me detuve, y volviéndome rápidamente vi a Bordín que me miraba siempre sonriente—: No—dije—no. No puedo. Quizás seas tú quien tiene razón. Ese granuja ha querido robarte después de haber robado a René. Se lo merece todo...

— Y para disipar todos tus escrúpulos, yo me encargo de obligarle a aceptar a él mismo la lección—dijo Bordín—Tú no tienes más que encontrarte otra vez mañana en el Círculo a la misma hora. Créeme, los canallas triunfarían menos si las gentes honradas les probasen algunas veces que saben servirse de las mismas armas.

¿Será preciso que diga que, a pesar de mi aquiescencia, experimenté una extraña molestia cuando al entrar en el Círculo al día siguiente con mi amigo, vi en la habitación donde se desarrolló la escena de la víspera a Darsy, que vigilaba la puerta? El canalla tenía en el rostro una arrogancia que se traslució en la primera frase.

— Les esperaba, señores—nos dijo uniéndonos a su estafador y a mí en el mismo impertinente saludo—. ¿Ha ganado usted su apuesta? Porque esto sería una apuesta, ¿no?

— ¿Qué apuesta?—preguntó el pintor con un tono...

¡Cuánto hubiera dado por que hubieran ustedes oído aquella voz y visto aquellos ojos de niño aterradol...

— ¿Qué apuesta? La de su sortija—repitió el usurero con cólera creciente—. No continúe esta comedia o creeré...

— ¿Qué creará usted?—dijo Bordín—. Ha querido usted comprarme por un precio irrazonable una piedra falsa que yo le había declarado falsa delante de testigos—. Y me nombró a mí y al que hizo el cuarto en nuestra partida de *whist*—. ¿Pretendería usted quizá pagarme con diez mil francos un rubí bueno que habría valido cuarenta mil?... Pero entonces, caballero, ¿quién es usted?—Y con el desprecio en la mirada y el ultraje en la boca—: Cuando se ejerce el oficio que usted ejerce y se presta a pobres muchachos desplumados como...—aquí nombró a René— diez mil francos, obligándoles a firmar veinte mil, debe darse por muy satisfecho de no verse obligado a restituir más que de ciento en viento y por procedimientos tan dulces... Si usted cree que tiene algo que reprocharnos en este asunto, tomaremos como jueces a los miembros de la directiva del Círculo,

puesto que todo ha ocurrido aquí... ¿No quiere usted?... Pues entonces renuncie a las actitudes violentas y consuéllese pensando que recobrará los diez mil francos que en rigor ha desembolsado usted para el señor X... y que tendrá esta sortija como intereses. Se la dejo para su colección. Es un buen siete por ciento, se lo aseguro, porque la montura es muy curiosa.

¿Han aplastado ustedes alguna vez una víbora? Su asquerosa cabeza plana no expresa más rabia impotente que el rostro convulso del elegante Darsy mientras su verdugo hablaba. Porque verdaderamente entonces era un verdugo ante el cual el otro no pudo sostenerse, abandonando la estancia rápidamente. Bordín me dijo no sin cierta imploración en el fondo de sus pupilas:

— No contesta nada. Ya lo ves. No me digas que quizá tuve razón, sino que tuve toda la razón, ni más ni menos.

— Sí—le respondí—, has tenido razón...

... La Fontaine, el pintor y el agiotista tenían razón, en efecto, o por el contrario, ¿la tenía el mariscal de Turena, que sostenía su palabra con los ladrones?

— Son ladrones—decía—, pero yo soy Turena...

Hay materia para disputas más interminables que la que provocó el relato de esta anécdota en la mesa de la señora de... Iba a decir su nombre. Adivínale, lector.